



Estudios bíblicos reformados



**Una familia y un llamado
con propósito**

Una familia y un llamado con propósito

ESCRITORA

Marissa Galván Valle

Acerca de la escritora

MARISSA GALVÁN VALLE es editora principal de recursos en español en la Corporación Presbiteriana de Publicaciones (PPC, por sus siglas en inglés). Nació en San Juan, Puerto Rico, y ha escrito, traducido y producido materiales de estudio bíblico, música, devocionales y recursos litúrgicos para diversas publicaciones y programas curriculares de la iglesia. Además, sirve como ministra de la Palabra y los Sacramentos en la Iglesia Presbiteriana Beechmont, en Louisville, Kentucky, una comunidad de fe intercultural que reúne a personas provenientes de casi todos los continentes del mundo.

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios Bíblicos Reformados* consta de dos archivos: una «Hoja para el grupo», que se distribuye entre las personas y sirve como introducción y aplicación, y una «Guía para Líderes», que proporciona herramientas al o la líder del grupo para interpretar y procesar la información de la «Hoja para el grupo». Además, esta ayuda a llevar las conversaciones a la acción y aplicar los principios aprendidos en la vida cristiana cotidiana.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada*, © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico. Se permite la reproducción del contenido para estos fines.



Este material originalmente se utilizó como estudio bíblico para el Evento Nacional Hispano/Latino Presbiteriano en el 2010. Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2026 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

HOJA PARA EL GRUPO 1

Una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey

LECTURAS BÍBLICAS

1 Pedro 2, 9

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey...

— 1 Pedro 2, 9

RECUERDE QUE...

usted es parte de una familia escogida por Dios. Al comenzar este estudio basado en 1 Pedro 2, 9, le invitamos a reflexionar sobre el significado de pertenecer a esta familia espiritual, llamada no por la sangre, sino por la gracia y el amor de Dios. En este primer encuentro, exploraremos cómo nuestra identidad como familia de Dios nos une a pesar de nuestras diferencias, y cómo esa identidad nos da dignidad, propósito y esperanza.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Introducción

Este estudio fue escrito para conmemorar un evento celebrado del 23 al 25 de julio de 2010 en San Antonio, Texas. En esa ocasión, todos los grupos presbiterianos dentro de la Iglesia Presbiteriana (EE. UU.) —mujeres, hombres, jóvenes y el caucus hispano— decidieron reunirse en un evento conjunto que incluyó actividades paralelas y compartidas, con el propósito de celebrar la presencia latina en la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos y Puerto Rico.

Comparto nuevamente este estudio con el deseo de que pueda ser útil a personas que no asistieron al evento o que no guardan memoria histórica del mismo. Creo firmemente que es importante seguir celebrando el llamado de 1 Pedro 2, 9, especialmente en las circunstancias que el pueblo latino continúa enfrentando, aun después de todos estos años:

«Pero ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del Rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios. Y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa» (DHH).

Este estudio analiza las distintas partes de este versículo, con el propósito de explorar qué mensajes tiene para nuestras vidas hoy. Espero que sus discernimientos, reflexiones y enseñanzas sigan siendo tan pertinentes como lo fueron en aquel momento. Comencemos con este primer encuentro.

Hace un tiempo atrás, en una conferencia de la Iglesia Presbiteriana centrada en el paradigma de la multiculturalidad, se me ocurrió comparar a la iglesia con una familia. Después de todo, en muchos estudios sobre el pueblo hispano o latino se ha afirmado que este es uno de los valores esenciales que nos unen como comunidad.

La familia latina es un sistema de apoyo para todas las personas que la integran. Es una familia extendida que incluye incluso a primos y primas de primer, segundo y hasta tercer grado. Este valor familiar suele trasladarse a instituciones como la iglesia, y no es extraño escuchar a un(a) pastor(a) comenzar el servicio de adoración con la frase: «Familia, les damos la bienvenida a la casa de Dios».

Sin embargo, uno de los pastores presentes en esa conferencia refutó mi afirmación. Me dijo que, para ser verdaderamente multiculturales, no podíamos utilizar la metáfora de la familia, porque las familias —según él— son homogéneas. Sostenía que una familia, compuesta por elementos iguales, no puede servir como ejemplo de una iglesia que anhela ser diversa en su composición.

Ese comentario se ha quedado conmigo todos estos años. Lo he analizado y he llegado a la conclusión de que no tengo que abandonar mi metáfora. Mire su propia familia: ¿acaso todas las personas son iguales? ¿Comparten las mismas opiniones sobre los temas importantes? ¿Hablan de la misma manera? Obviamente, la respuesta es no. Nuestras familias están llenas de diversidad: distintas generaciones, distintos puntos de vista, y diferentes formas de ser. Incluso entre gemelos idénticos hay notables diferencias, aun en sus rasgos faciales.

La familia es, de hecho, el primer espacio en el que aprendemos a manejar conflictos, precisamente porque cada persona tiene su propia forma de afrontar las situaciones que nos presenta la vida.

Cuando Dios establece pactos, con frecuencia lo hace con familias enteras, aunque se comunique con una sola persona. Dios promete bendecir no solo al individuo, sino a toda la familia. A Abraham le dice que en él serán bendecidas todas las familias de la tierra.

En el Antiguo Testamento, Dios escoge a su familia: elige a Israel como su pueblo especial, para protegerle y acompañarle tanto en la prosperidad como en la carencia. Su amor se vuelve particularmente palpable en los momentos de dificultad. Las Escrituras están llenas de testimonios de cómo Dios escucha el clamor de Israel y le socorre una y otra vez, aun cuando el pueblo no lo merece. En el Nuevo Testamento, esa familia se expande de tal manera que incluye a todas las personas de la tierra.

La comunidad que recibió la carta que conocemos como 1 Pedro también estaba atravesando momentos difíciles, similares a los que vivió Israel y la iglesia primitiva que vemos naciendo en el Nuevo Testamento. Probablemente se trataba de un grupo que sufría a causa de su fe. Aunque aún no enfrentaban la persecución severa que padecerían comunidades posteriores como la del Apocalipsis, sí era un grupo rechazado por la sociedad que les rodeaba. Su estilo de vida era diferente. Ya no practicaban religiones paganas, y muchas personas pertenecían a sectores poco valorados socialmente. Algunas personas eran esclavas. Otras eran mujeres casadas con hombres que no conocían ni apreciaban la fe cristiana.

Todo esto hacía que su identidad como personas que seguían a Cristo despertara sospechas. Su comportamiento, considerado subversivo, amenazaba los valores predominantes. También ellas sentían que vivían un éxodo; caminaban sus propios desiertos, sus propios exilios.

Por eso, el autor de 1 Pedro utiliza lenguaje inspirado en las experiencias del pueblo de Israel para recordarles que ahora esta comunidad es el objeto

del pacto de Dios. Son la nueva familia de Dios, elegida por Dios para ser su pueblo.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Familia escogida

Al leer diferentes versiones de la Biblia en español, podemos encontrar varias expresiones equivalentes a la frase «familia escogida»: linaje escogido, miembros de la familia de Dios, pueblo escogido o generaciones escogidas. Usualmente, términos como familia o linaje, como mencionamos anteriormente, implican una continuidad biológica. Sin embargo, en este contexto, la palabra familia se amplía para afirmar que la identidad de esta comunidad no se basa en la sangre ni en la herencia genética, sino en la elección de Dios.

Es Dios quien constituye a esta familia, quien la forma y le da identidad. Una congregación de personas gentiles y diversas ha sido convertida en una familia espiritual, cuyos lazos van más allá del ADN. Estos lazos están tejidos por la conexión que solo el Espíritu de Dios puede ofrecer y por la salvación que proviene a través de su Hijo.

El autor de la carta cita Isaías 43, 20-21:

«Los animales del campo me honrarán; también los chacales y los avestruces. Porque daré aguas en el desierto y ríos en el sequedal para dar de beber a mi pueblo escogido. Este es el pueblo que yo he formado para mí; ellos proclamarán mi alabanza».

La expresión familia escogida o pueblo elegido, en este contexto, puede tener al menos dos implicaciones clave:

1. Dios nos escoge como familia para cuidarnos

Una parte esencial de pertenecer a una familia —ya sea la de sangre o aquella que se forma en los diversos espacios donde convivimos— es sentir la protección que dicha pertenencia brinda. La afirmación de que somos la familia escogida de Dios ofrece a la comunidad cristiana de Asia Menor un profundo sentido de cuidado y acompañamiento. La historia bíblica da testimonio de cómo Dios ha cuidado a su pueblo: hizo brotar agua en el desierto para darles vida. De la misma manera, Dios les proveerá el sostén necesario para enfrentar las situaciones de hostilidad que los rodean.

2. Somos familia escogida para proclamar alabanzas a Dios

La primera carta de Pedro no invita a la comunidad cristiana a apartarse del mundo ni a rechazar a la sociedad por su condición de familia escogida. Al contrario, les exhorta a integrarse de manera intencional, obedeciendo y rescatando lo mejor de la sociedad en la que viven, mientras dan testimonio de aquel en quien han creído.

En las sociedades antiguas, el honor familiar era de suma importancia. El pueblo hispano/latino hereda esa tradición. A menudo, nuestros logros se convierten en los logros de toda la familia —biológica y espiritual— y los

celebramos en comunidad. Esta identidad compartida también forma parte de nuestro testimonio como pueblo.

Así también Dios nos llama a compartir con otras personas que somos parte de su familia escogida.



¿Hay personas en su vida que no son parte de su familia inmediata, pero que sin embargo considera como familia?
¿Qué características tienen estas personas que le hacen afirmar esto? ¿Cómo cree que Dios nos hace ser familia en la iglesia?

Sacerdocio al servicio del rey

Las diferentes versiones de la Biblia en español utilizan, en su mayoría, las palabras «sacerdote» o «sacerdocio» para traducir esta frase. Algunas añaden el adjetivo «real», mientras que otras versiones enfatizan que somos llamados y llamadas al sacerdocio para estar al servicio del Rey.

Una vez más, el autor de 1 Pedro recurre al Antiguo Testamento para conectar a su comunidad con las promesas eternas de Dios. En este caso, cita Éxodo 19, 6: «“y ustedes me serán un reino de sacerdotes y una nación santa”. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel».

Así, reitera que los privilegios antes reservados para el pueblo de Israel ahora se extienden a todo el pueblo de Dios.

Es interesante notar que, cada vez que se menciona el sacerdocio en el Nuevo Testamento, no se refiere a un grupo exclusivo de personas consideradas especiales ante los ojos de Dios. Por el contrario, el término describe a toda la comunidad de creyentes. Fue Martín Lutero quien destacó esta verdad con el concepto del sacerdocio universal de todas las personas creyentes.

No obstante, a lo largo de la historia, la Iglesia ha ido apartando a ciertas personas para funciones específicas, y en ocasiones ha corrido el riesgo de asumir que toda la labor sacerdotal recae únicamente sobre un grupo limitado. El pasaje de 1 Pedro nos recuerda que esto no es así. Todas las personas son llamadas a ejercer ese sacerdocio.

¿Pero, en qué consiste este sacerdocio?

De acuerdo con la Escritura, el sacerdocio del pueblo de Dios se manifiesta, al menos, en tres funciones específicas:

1. Ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo

Obviamente, no se trata aquí de sacrificios de animales en un altar, sino del llamado del pueblo de Dios a vivir en obediencia fiel y en amor. Como escribe el apóstol Pablo, Dios nos llama a presentarnos como ofrenda viva,

santa y agradable a Dios. Esto implica buscar y obedecer cada vez más la voluntad de Dios en nuestras vidas. Esa es la ofrenda que Dios espera de su sacerdocio.

2. Proclamar las obras maravillosas de Aquel que nos llamó¹

Sabemos que una de las responsabilidades del ministerio pastoral es proclamar la Palabra de Dios. Sin embargo, también entendemos que esta responsabilidad no es exclusiva. Todo el pueblo de Dios está llamado a anunciar lo que Dios ha hecho en su vida. Nuestro testimonio no siempre toma la forma de un sermón. Puede ser un abrazo de consuelo, el consejo sabio de una abuela o la atención dada a un amigo. Proclamamos con nuestras palabras, pero también con nuestras acciones. La comunidad de 1 Pedro se comprometía a hablar de Cristo incluso en medio de las situaciones más difíciles. Dios entonces nos llama a hacer lo mismo.

3. Estar al servicio del Rey

En la tradición bíblica, los sacerdotes estaban consagrados a Dios de tal forma que familias enteras eran destinadas a este servicio. Era un honor servir a *Adonai*, al Señor, al Soberano Rey de Israel. De igual manera, 1 Pedro afirma que, como su pueblo, Dios nos ha llamado a servirle.

Este servicio, en el contexto de la Iglesia Presbiteriana, se manifiesta de muchas maneras: proclamando las buenas nuevas, participando en la vida y adoración de una iglesia local, orando y estudiando las Escrituras, sosteniendo la misión de la Iglesia con nuestras dádivas de dinero, tiempo y talentos, participando en la vida gubernamental de la Iglesia, mostrando una nueva calidad de vida dentro y fuera de ella, sirviendo en el mundo y respondiendo a la actividad de Dios en todos los ámbitos de la vida: personal, familiar, vocacional, política, cultural y social.² Haciendo todo esto, servimos y nos consagramos al Rey soberano de nuestras vidas.



¿Con qué cualidades del sacerdocio como es descrito en esta sección se identifica más? ¿Qué piensa de la afirmación de que todas las personas cristianas tienen responsabilidades sacerdotales? ¿Cómo le deja saber a otras personas que cree en Dios?

Somos familia a pesar de nuestras diferencias

En la sección de introducción, hablamos de que una familia no es una entidad homogénea, sino que sus miembros son diversos. Esa diversidad convierte a la familia en un excelente ejemplo de cómo Dios nos une, a pesar de nuestras diferencias.

Otra palabra que podría usarse en lugar de familia o linaje es raza o etnia. Son palabras cargadas de connotaciones, tanto positivas como negativas, en nuestro contexto actual. Sin embargo, en el marco de esta lectura bíblica, esos términos se expanden de forma poderosa: aquí no hay una descripción de colores o nacionalidades, sino una afirmación de que se trata de una familia constituida por Dios.

1. Ideas sacadas de *Images of the Church in the New Testament*. Paul S. Minear. Westminster John Knox Press. 2004. Louisville KY.

2 . *Libro de Orden*: G-5.0102

Piense, por un momento, qué pasaría si alguien del censo llegara a su casa y, en la sección donde se solicita la «raza», usted simplemente escribiera: cristiano/a.³ Probablemente le considerarían gracioso/a o incluso fuera de lugar. Y sin embargo, esa es la realidad profunda de la familia de Dios. A veces me pregunto qué ocurriría si, en lugar de ver primero el exterior de las personas, nuestra impresión inicial se basara en sus emociones. Tal vez así podríamos conectarnos desde las experiencias básicas que compartimos: tristeza, alegría, enojo, esperanza, amor... Ser parte de la familia de Dios es precisamente un llamado a la empatía, a mirar más allá del país de origen o de las diferencias culturales o aún religiosas, para reconocer lo que nos une: somos iglesia, somos la familia de Dios al servicio de nuestro Rey



¿Qué retos y oportunidades surgen cuando definimos nuestra identidad, no por etnia o nacionalidad, sino por nuestra pertenencia a la familia de Dios?

Nuestro llamado como pueblo es afirmar la identidad y dignidad cristianas

Como hemos visto, el autor de 1 Pedro es muy intencional en esta sección de su carta. Su deseo es que la comunidad —que está siendo rechazada y, hasta cierto punto, perseguida por seguir a Cristo— no se tambalee, sino que reciba el valor y la identidad que provienen de Dios. Su meta es afirmar la identidad y dignidad de estas personas en medio de una sociedad hostil.

Al leer las noticias, nos damos cuenta de que todavía vivimos en una sociedad cuyas acciones no siempre reflejan los valores del Evangelio. Algunas personas lo experimentan al migrar a Estados Unidos y enfrentar el rechazo, producto de la ignorancia, la incomprensión y el racismo. Otras luchan por sostener sus convicciones en contextos donde se promueven ideas contrarias a la fe cristiana basada en seguir el ejemplo de Cristo. Estas experiencias pueden hacer que nuestra fe se debilite, o que nos convirtamos en creyentes de baja autoestima: celebramos el domingo nuestra identidad como hijos e hijas de Dios, pero el resto de la semana esa identidad queda sepultada entre quejas, desesperanza, vergüenza o silencios intencionales y apáticos.

Como comunidad, Dios nos llama a enfatizar nuestra identidad como pueblo de Dios y a afirmar que esta identidad nos otorga dignidad y nos consagra al servicio divino. Una de las formas más visibles de hacerlo es a través del bautismo. El agua bautismal, símbolo del pacto que Dios establece con su pueblo, es como el plumón con el que Dios nos marca. Es cierto que el agua parece desaparecer, y que si nos bautizaron en la niñez y nadie nos lo recuerda, podemos llegar a olvidar ese momento tan significativo. Por eso, parte de nuestro llamado es enseñar a nuestro pueblo a vivir su bautismo cada día, recordando y actuando como personas bautizadas.

La pregunta 56 de *El Catecismo de Estudio: Versión de Confirmación* dice:

3. Idea sacada de «1 Peter 2: 1-10 Commentary» de David L. Bartlett en *The New Interpreter's Bible A commentary in Twelve Volumes. Volume XII* Abingdon Press. Nashville TN 1998.

Pregunta 56: «¿Qué significa ser bautizado/a?»

Mi bautismo significa que estoy unido a Jesucristo por siempre. Al ser bautizado con agua, Él me bautiza con su Espíritu, lavando todos mis pecados y librándome de su control. Mi bautismo es una señal de que algún día yo ascenderé con Él a la gloria y también de que puedo andar con Cristo ahora en una nueva vida.⁴

El bautismo nos llama al arrepentimiento, a la fidelidad y a una vida de discipulado obediente. Es significativo que el *Libro de Adoración* de la Iglesia Presbiteriana (EE. UU. A.) incluya el gesto de ungir con aceite después del bautismo. Esta unción nos recuerda que nuestra unión con Cristo implica también la responsabilidad de vivir en gratitud permanente. El bautismo nos otorga identidad y nos comisiona a ministrar en el mundo.

Sería enriquecedor que, cada vez que se celebre un bautismo en su congregación, se aproveche la ocasión para recordar su significado y lo que implica ser parte de la familia de Dios. También se podría incorporar la unción con aceite como símbolo del llamado al sacerdocio universal de todas las personas creyentes.



¿Qué actitudes o acciones puede cultivar para mirar más allá de las diferencias entre las personas y reconocer aquello que nos une como seres humanos? ¿Cómo entiende el significado de la palabra «dignidad» desde su fe o experiencia personal? ¿De qué maneras concretas puede afirmar la dignidad de quienes le rodean en su vida diaria?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

En el próximo encuentro estaremos reflexionando sobre lo que significa para la comunidad cristiana el ser llamada «una nación santa» y «un pueblo adquirido por Dios». En cada conclusión le invitaremos a utilizar alguna canción y a hacer una oración para terminar este momento de lectura.

Cántico para la reflexión

El cántico, «Hay un lugar para todos en la familia de Dios», expresa un mensaje de inclusión y amor dentro de la comunidad de fe. Hay algunas versiones que tienen estrofas que hablan sobre la provisión de alimentos, fortaleza y amistad. El coro enfatiza el amor incondicional de Dios y su deseo de que tengamos bienestar en nuestras vidas. Si desea escuchar la canción la puede conseguir en la Internet.

Hay un lugar para todos,
en la familia de Dios,
mucho amor y felicidad.
Hay un lugar para tí.

4. *El Catecismo de Estudio:
Versión de Confirmación*
Iglesia Presbiteriana (E.U.A.)
1998

Oración final

Creemos que en los momentos de crisis y desesperanza, Tú eres la esperanza. Creemos que ante la enfermedad y el dolor, Tú eres la fortaleza y el sostén. Creemos que ante la desunión de la familia, Tú eres la unión. Creemos que ante la soledad y la falta de fe, Tú eres nuestra compañía. Creemos que ante las situaciones más oscuras, Tú eres la luz.

Te pedimos ser instrumentos tuyos para que reflejemos... tu esperanza, tu fortaleza y tu sostén, tu unión, tu compañía y tu luz en nuestros hermanos y hermanas.⁵

5. Afirmación de fe que es parte de la *Propuesta litúrgica para el tiempo de Adviento* de Juan Gattinoni. Red de liturgia del Consejo Latinoamericano de Iglesia (CLAI)

HOJA PARA EL GRUPO 2

Una nación santa, un pueblo adquirido por Dios

LECTURA BÍBLICA

1 Pedro 2, 9 (DHH)

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios...

— 1 Pedro 2, 9

RECUERDE QUE...

ser santo o santa significa vivir en comunión con Dios y reflejar su amor. En este encuentro, reflexionaremos sobre cómo nuestra identidad como pueblo de Dios nos llama a vivir con propósito, servicio y testimonio.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Introducción

¿Qué significa ser santo o santa? Una respuesta común podría ser que una persona santa es alguien excepcionalmente bueno, que realiza buenas obras y que nunca dice cosas que no debe. En el contexto cultural del catolicismo, se le llama santo a lo que está consagrado al servicio de Dios, sea persona, cosa, lugar o tiempo. Sin embargo, en la cultura popular católica, la palabra santo o santa se utiliza específicamente para referirse a personas que han vivido la santidad en grado heroico. Estas son personas recordadas por sus actos de bondad en vida y que han sido canonizadas por la Iglesia.

Es posible que le sorprenda saber que la Iglesia Presbiteriana también habla de santos y santas... pero lo hace desde una perspectiva distinta. Cuando hablamos de la comunidad de los santos y las santas, nos referimos a usted y a mí. En el Credo Apostólico, afirmamos que creemos en la comunión de los santos.¹ El Catecismo de Estudio, versión de confirmación, ofrece la siguiente explicación:

Pregunta 52: ¿Qué afirmas cuando hablas de «la comunión de los santos»?

Todos aquellos que viven en unión con Cristo, lo mismo en la tierra que con Dios en el cielo, son «santos». Nuestra comunión con Cristo nos convierte en una unidad, pues las ataduras que nos unen en Él, son más profundas que cualquier otra relación humana.²

Es interesante notar que el énfasis de esta definición está en nuestra relación con Dios. Lo que nos hace santos o santas no es lo que hacemos, sino la unidad que Dios establece con su pueblo. Es Dios quien nos adquiere, nos adopta y nos elige. Y lo hace con un propósito específico, que revela la magnitud de su gracia y misericordia:

5.054 — Somos elegidos para un propósito definido.

Finalmente, los santos son escogidos en Cristo por Dios para un propósito definido, que el mismo apóstol explica cuando dice: «Nos escogió en él... para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor, habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo... para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1, 4).³

1. «Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Universal, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección del cuerpo, y la vida perdurable, Amén».

2. *El Catecismo de Estudio: Versión de Confirmación* Iglesia Presbiteriana (E.U.A.) 1998

3. Segunda confesión helvética. *Libro de Confesiones* IP (EE.UU.A)

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Una nación santa

En esta ocasión, todas las versiones bíblicas en español utilizan la misma frase. El autor le recuerda a la comunidad a la cual escribe que en Levítico 11, 45 dice: «Porque yo soy el SEÑOR, que los hago subir de la tierra de Egipto para ser su Dios. Serán santos, porque yo soy santo».

Somos santas y santos porque somos reflejos de la gloria del Dios que nos creó, que nos guió, que nos redimió y que nos mueve. El autor de 1 Pedro hace énfasis en la identidad de su comunidad. Una de sus características fundamentales es que es heterogénea; apartada para un propósito particular. ¿Cuál es ese propósito? Debemos dedicarnos a la voluntad y al servicio de Dios. Ese es nuestro deber.

Es interesante que, en el pasaje de Levítico, Dios le recuerde al pueblo una acción anterior. Dios les recuerda que ha sido quien los sacó de Egipto. Luego afirma que Dios es santo. ¿Entonces, qué significa ser santo en este contexto? Ser santo es escuchar el clamor de las personas que tienen necesidad. Ser santo es actuar con amor. Ser santo implica liberar de la opresión a quienes se encuentran esclavizados. No se trata de ser el más santurrón ni de caminar por el mundo como si no se tocara la tierra. No es poseer dones especiales. No es hacer milagros. No es proclamarse el Mesías de nuestro tiempo. Es actuar con el mismo amor y misericordia de Dios.

En ocasiones escuchamos que el ser humano puede entrar en procesos de santificación. Debemos tener cuidado con cómo entendemos esto, porque no podemos alcanzar la santidad por cuenta propia. Como dice la Escritura: somos santos y santas porque Dios es santo. Somos pobres reflejos de Aquel que es bueno y santo. Sin embargo, cuando Dios nos llama «nación santa», esto reafirma en nuestras vidas nuestro compromiso de proclamar la santidad y la gloria de Dios. Juan Calvino afirmaba que la gloria de Dios, que escoge manifestarse en nuestro ser, se refleja en la existencia humana cuando esta vive el Evangelio en todos los aspectos de la vida. Solo así podremos ser ejemplos de la santidad de Dios para el mundo.



¿Cómo Dios vive su santidad? ¿En qué momentos la ha sentido? ¿Cómo puede practicar y perfeccionar la santidad en su vida?

Un pueblo adquirido por Dios

En esta frase sí se encuentran algunas variantes. Algunas versiones bíblicas utilizan la expresión «un pueblo adquirido por Dios». Otras emplean frases como «pueblo que pertenece a Dios», «su pueblo», «pueblo adquirido para posesión de Dios» o simplemente «pueblo adquirido».

El autor de 1 Pedro enfatiza lo que se afirma en Éxodo 19, 5: «Así que, si ustedes me obedecen en todo y cumplen mi alianza, serán mi pueblo preferido entre todos los pueblos, pues toda la tierra me pertenece». Al citar este pasaje, se afirma que la creación le pertenece absolutamente a Dios. Esto recuerda las palabras de Jesús: «Den al César lo que es del César, y a Dios

lo que es de Dios», reafirmando que incluso aquello que aparentemente pertenece al César, en última instancia, pertenece a Dios. Todo lo que tenemos, todo lo que hacemos y todo lo que decimos pertenece, finalmente, a Dios.

Es interesante notar las diferencias entre las palabras «adquirir» y «pertener»::

adquirir (del lat. *adquirĕre*): ganar o conseguir con el propio trabajo o industria; comprar con dinero; lograr o conseguir; (Derecho) hacer propio un derecho o cosa que no pertenecía a nadie, o que se transmite a título lucrativo u oneroso, o por prescripción.

pertenecer (del lat. *pertinĕre*, con el sufijo *-scĕre*): dicho de una cosa, tocarle a alguien o ser propia de él, o serle debida; dicho de una cosa, ser del cargo, ministerio u obligación de alguien; dicho de una cosa, referirse o hacer relación a otra, o ser parte integrante de ella.⁴

La palabra «adquirir» nos remite al proceso de comprar algo. En el contexto de lo que Dios hace por su pueblo, este término nos comunica varias verdades importantes:

1. Dios es quien da el primer paso

Aunque en nuestra cultura consumista a veces se dice que algo «nos llama» a comprarlo, la realidad es que siempre es la persona compradora quien da el primer paso. Es ella quien toma la iniciativa. Afirmar que somos un pueblo adquirido por Dios enfatiza que Dios nos escoge y que Dios es quien inicia el proceso.

2. Dios paga el precio

Otra palabra estrechamente relacionada con adquirir es redimir. En nuestra relación con Dios, la redención es la acción divina, realizada por medio de Jesucristo, de rescatarnos de la esclavitud mediante el pago de un precio. Ese precio es incalculable y nadie más puede pagarlo: la sangre de Jesucristo.

El teólogo reformado Dietrich Bonhoeffer reflexionó sobre esta realidad, advirtiéndole que la Iglesia debe cuidarse de subestimar el precio que Cristo pagó por su pueblo. Él distinguía entre la «gracia barata» y la «gracia cara». La gracia barata, decía, es «la predicación del perdón sin arrepentimiento, el bautismo sin disciplina eclesiástica y la eucaristía sin confesión de pecados; es gracia sin cruz». En contraste, la gracia cara «es el tesoro escondido en el campo por el que una persona vende todo lo que tiene; es la perla preciosa por la que el comerciante entrega todos sus bienes; es el reino de Cristo por el cual el ser humano arranca el ojo que le hace caer; es el llamado de Jesucristo que hace que el discípulo abandone las redes y le siga». Es cara porque le cuesta al ser humano la vida, y es gracia porque le regala la vida; es cara porque condena el pecado y es gracia porque justifica al pecador.⁵

4. Significados del diccionario de la Real Academia Española. <http://buscon.rae.es/drae/>

5. Información encontrada en el escrito de Raúl Zaldivar: Gracia barata, gracia cara. <http://www.raulzaldivar.com>

Es esta gracia costosa la que proclamamos cuando cantamos:

«Sublime gracia del Señor,
que a un pecador salvó;
fui ciego, mas hoy veo yo,
perdido y Él me halló».⁶

3. *Le pertenecemos a Dios*

Dios nos ha adquirido; por lo tanto, le pertenecemos. Como posesión especial, gozamos de su cuidado y afecto particular. William Barclay, en su comentario a 1 Pedro, hace una observación sencilla pero profunda: el valor de un objeto depende, muchas veces, de a quién haya pertenecido. En nuestra época vemos subastas de objetos personales de figuras conocidas que alcanzan precios elevados, mientras que esos mismos objetos, si pertenecieron a una persona desconocida, carecen de valor especial.

De la misma manera, Barclay afirma que la grandeza y el valor de la persona cristiana radican en que pertenece a Dios. Si no pertenecemos a Dios, perdemos el verdadero valor, que no proviene de lo que somos, hacemos o decimos, sino de Aquel a quien pertenecemos.

En última instancia, pertenecer a Dios y ser adquiridos y adquiridas por Dios expresan una misma realidad desde distintos ángulos. Somos de Dios en el pasado, en el presente y lo seremos en el futuro. Dios ha escrito su nombre en nuestras vidas, así como escribimos nuestro nombre en un objeto para indicar que nos pertenece. Ese gesto da testimonio público de pertenencia. De la misma manera, Dios ha escrito su nombre en usted y en mí, y quienes nos rodean deberían poder reconocerlo.



¿Cuál es la diferencia entre adquirir y pertenecer según lo que acaba de leer? ¿Qué siente al pensar que Dios es nuestro dueño? ¿Cómo puede demostrar a otras personas que le pertenece a Dios?

La comunión de las personas santas

Muchos de los catecismos de la Iglesia presentan una estructura en la que se analizan varios documentos esenciales: los Diez Mandamientos, el Padre Nuestro y el Credo de los Apóstoles. El *Catecismo de Heidelberg* es un ejemplo de ello. Al examinar la parte del Credo Apostólico que afirma que creemos, entre otras cosas, en la comunión de los santos, se ofrece la siguiente respuesta a través del método de pregunta y respuesta:

4.055 P. 55 ¿Qué entiendes por «la comunión de los santos»?

Primero, que los creyentes, todos y cada uno en particular, como partícipes de Cristo el Señor y de todos sus tesoros y dones, compartirán un singular compañerismo. Segundo, que cada quien debe saber que tiene la obligación de usar sus dones generosamente y con gozo para el bienestar de otros miembros.⁷

6. Cita del himno «Sublime Gracia» de John Newton. Traducción de Cristóbal E. Morales como aparece en *Mil voces para celebrar: Himnario Metodista*. The United Methodist Publishing House, Nashville, TN. 1996

7. El Catecismo de Heidelberg. *Libro de confesiones*. IP (EE. UU. A.)

Al inicio de este encuentro se abordó brevemente el significado de ser santo o santa. Sin embargo, en este catecismo, la respuesta no se enfoca en la santidad como cualidad individual, sino en lo que implica vivir en comunión. Creer en la comunión de los santos nos habla del singular compañerismo que debe caracterizar a la comunidad cristiana, así como del uso responsable y gozoso de los talentos y dones que Dios nos ha dado, para beneficio de toda la comunidad.

Vivir en santidad encuentra su máxima expresión, según esta respuesta, en nuestra capacidad de vivir en *ágape* y en *eirene*: amar como Dios ama y vivir la paz que solo Dios puede dar.

Esto nos ofrece un mensaje claro sobre lo que significa ser una nación santa: si el conflicto destructivo y las luchas de poder son el pan nuestro de cada día en nuestras congregaciones, entonces no estamos viviendo en santidad. Si salimos de la iglesia para desenvolvemos en ambientes de chismes, maltrato o abuso, tampoco estamos viviendo en santidad.

Cada acto, palabra o incluso pensamiento que afecte negativamente el singular compañerismo que la Iglesia está llamada a vivir —y del cual debe dar testimonio— impacta su capacidad de vivir en santidad y de mantener una relación saludable con Dios. La Iglesia vive esa santidad en comunión con Dios y entre las personas que son parte de ella. La Iglesia vive esa santidad cuando actúa para crear un ambiente de amor y bienestar para las personas dentro y fuera de ella.



¿Qué obstáculos ha experimentado en su vida comunitaria que dificultan vivir en *ágape* y en *eirene*?
¿Cómo podría su comunidad transformarse para reflejar más fielmente el amor y la paz de Dios?

Dios nos llama a reflejar su santidad en la tierra

La primera carta de Pedro afirma que todas estas frases que nos describen como pueblo de Dios tienen consecuencias concretas para nuestra vida. Nuestra identidad como familia, pueblo o sacerdocio de Dios está vinculada con las acciones que realizamos.

Usualmente, cuando alguien nos pide que nos identifiquemos, decimos nuestro nombre y luego mencionamos nuestra profesión. Esa profesión, además de nombrarnos, indica lo que hacemos cotidianamente: maestros/as, carpinteros/as, médicos/as, pastores/as... todo ello habla de tareas. En la Iglesia ocurre lo mismo: ancianos/as, maestros/as, diáconos/as, miembros de la agrupación musical o de algún comité... todos esos nombres reflejan lo que hacemos al servicio del Reino.

Como vimos en este encuentro —y como veremos más adelante—, nuestro estatus como pueblo adquirido por Dios no nos exime de involucrarnos con el mundo que nos rodea. Todo lo contrario: estos títulos conllevan la responsabilidad de impactar al mundo con nuestra presencia e identidad.

Cuando trabajábamos en el tema del evento que originalmente dio paso a este estudio, pensamos mucho en una canción muy conocida de Marcos Witt titulada «Somos el pueblo de Dios». Usualmente, cuando cantamos esa canción sentimos entusiasmo al afirmar que «somos un pueblo especial». Sin embargo, si continuamos cantando, nos damos cuenta de que esto va más allá de una simple afirmación de autoestima colectiva. Somos «llamados para anunciar las virtudes de Aquel que nos llamó a su luz».

¡Qué responsabilidad tan grande! ¡Qué hermoso privilegio!

Ser una familia escogida, un sacerdocio al servicio del Rey, una nación santa, y un pueblo adquirido por Dios implica tarea, e implica también la bendición de saber que estamos en esta tierra para hacer una diferencia y para formar parte del plan del Reino de Dios. ¡Gracias, Señor!

¿Al cantar que es parte del «pueblo especial de Dios»,
¿qué responsabilidades vienen a su mente? ¿De qué
manera su comunidad de fe vive (o podría vivir mejor) esa
vocación?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

En el próximo encuentro estaremos estudiando lo que implica el anunciar las obras maravillosas de Dios. Nos preguntaremos cosas como ¿Cuáles son las obras maravillosas de Dios? y ¿Por qué debemos anunciar? En cada conclusión le invitamos a utilizar alguna canción y a hacer una oración para terminar este momento de lectura.

Cántico para la reflexión

Escuche o cante la canción «Somos el pueblo de Dios» de Marcos Witt.

Oración final

Dios nuestro, somos tu pueblo. Así tratamos de vivir. Así tratamos de hablar. Ayúdanos a cumplir con la responsabilidad que conlleva ser parte de tu familia. Ayúdanos a ser familia escogida, sacerdocio al servicio del Rey, nación santa y pueblo adquirido por ti. Permite que nuestra santidad se refleje en las relaciones de comunión que cultivamos con nuestros hermanos y hermanas. Gracias, Señor, porque nos amas tanto que nos haces nuevas y nuevos en ti. En el nombre de Jesús oramos. Amén.

HOJA PARA EL GRUPO 3

Anuncien las obras maravillosas de Dios

LECTURA BÍBLICA

1 Pedro 2, 9 (DHH)

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios...

— 1 Pedro 2, 9a

RECUERDE QUE...

cada nueva vida es motivo de alegría, y así también lo es el nuevo nacimiento que Dios nos da. Como pueblo redimido, Dios nos llama a proclamar sus obras maravillosas con gratitud y valentía.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Introducción

Uno de los eventos que más impacta la vida del ser humano es el nacimiento de un bebé. Cuando este nacimiento ocurre en las mejores condiciones, se convierte en un acontecimiento bendecido y maravilloso. Una nueva vida se levanta. Los futuros padres y madres no pueden dejar de hablar del suceso. La familia se deleita al ver cómo progresa el proceso de gestación y comparte la noticia con entusiasmo en todas partes. Es una noticia imposible de guardar; sentimos la necesidad de proclamarla porque queremos compartir la alegría con el mundo entero.

De manera similar, la primera carta de Pedro anuncia con entusiasmo que «...han nacido de nuevo, no de simiente corruptible sino de incorruptible, por medio de la palabra de Dios que vive y permanece» (1 Pedro 1, 23), y que, como niños recién nacidos, debemos buscar «la leche de la palabra no adulterada para que por ella crezcan para salvación, puesto que han probado que el Señor es bondadoso» (1 Pedro 2, 2-3). ¡Ha ocurrido un nacimiento! Cada persona que forma parte del pueblo de Dios ha vuelto a nacer. Este es un gran acontecimiento. Es una noticia que debe compartirse en todas partes.

Sin embargo, la Biblia también nos muestra que no siempre es fácil anunciar las obras de Dios y su acción en el mundo. Cuando estamos inspirados y alegres, las palabras brotan con facilidad... pero en momentos de dolor, tristeza, rechazo o ansiedad, el silencio puede apoderarse de nuestros corazones y de nuestras bocas. ¿Cómo cantar cuando el corazón está roto? ¿Para qué anunciar un nuevo nacimiento si el mundo parece no escucharnos? Este es, precisamente, el dilema de las personas a quienes va dirigida esta carta.

Una de las primeras preguntas que surge al leer este pasaje es: ¿de qué está hablando 1 Pedro cuando menciona las «obras maravillosas de Dios»? Al reflexionar, podríamos pensar en el Gran Cañón del Colorado o en el bosque pluvial de El Yunque. Después de todo, estas dos maravillas naturales han sido propuestas como candidatas para la nueva lista de maravillas del mundo. Juan Calvino afirmaba que «el poder de Dios resplandece en la creación del mundo»¹ y, de hecho, sostenía que una de las primeras maneras en que conocemos a Dios es a través de su creación.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Las obras maravillosas de Dios

Sin embargo, este conocimiento no es suficiente para que el ser humano comprenda quién es Dios o lo que hace. Si la persona se queda solamente

1. Calvino, Juan. *Institución de la religión cristiana*. Tomo 1. Barcelona: Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELiRE), 1999, 13.

admirando la creación, se quedará en la superficie. Pero Dios no desea eso. Dios anhela vivir en relación con lo que ha creado.

Por ello, va más allá: hace pacto con sus criaturas. Ese pacto es tan profundo que alcanza su plenitud mediante el sacrificio y la redención ofrecidos en el don de su Hijo, Jesucristo, quien muere para darnos nueva vida. Esa nueva vida nos brinda la oportunidad de entrar en una relación renovada con Dios, en la cual —aunque aún no podamos conocerle en toda su plenitud—, comprendemos al menos que le debemos la vida y que la verdadera felicidad, la paz y el bienestar se encuentran en amarle y vivir con gratitud por el regalo de la redención.

La intención del autor de la Primera carta de Pedro no es, necesariamente, alabar a Dios por las maravillas de la naturaleza. No habla de la luna y las estrellas ni de los montes y collados. Su deseo es afirmar a las comunidades destinatarias que Dios ha obrado maravillas en ellas. Dios les ha dado nueva vida. Aquellas piedras que fueron desechadas, ahora son piedras vivas que edifican un templo espiritual. Las personas esclavizadas y las mujeres —tradicionalmente marginadas— ahora son parte de una nación santa, sacerdocio real al servicio del Rey. Antes, ni siquiera eran un pueblo; ahora son el pueblo de Dios, merecedor de su amor y compasión.

Estas son las obras maravillosas que exalta 1 de Pedro: cómo Dios redime, transforma, levanta y da nueva vida; y cómo esa transformación impacta las relaciones entre personas esclavizadas y sus amos, entre esposas y esposos, entre madres, padres e hijos e hijas, entre los gobiernos y quienes son servidos por ellos. Cada ámbito de la vida humana se ve afectado por el acto de redención en Cristo Jesús.



¿Por qué cree que no es suficiente el saber que Dios creó lo que nos rodea para tener una relación con Dios? ¿Por qué cree que 1 de Pedro se concentra en afirmar que las obras maravillosas de Dios tienen que ver con sus actos de redimir y transformar la vida del ser humano? ¿Qué obras maravillosas de Dios reconoce en su vida?

¡Anuncia!

Las personas que vivían en la oscuridad ahora viven en la luz. Quienes no eran pueblo, ahora son el pueblo de Dios. La misericordia divina transforma sus vidas. Sin embargo, esa transición no se desvincula ni excluye la vocación fundamental de anunciar las obras maravillosas que Dios ha realizado.²

Cuando recordamos el nacimiento de nuestras hijas e hijos, sobrinas, sobrinos o nietas y nietos, solemos hacerlo con alegría y emoción: es una noticia que no podemos dejar de compartir. Pero ¿qué sucede cuando esa noticia ocurre en circunstancias difíciles?

En Hechos y en otros libros del Nuevo Testamento se describe la gozosa respuesta de las personas al mensaje de arrepentimiento y salvación en

2. Idea tomada de *Images of the Church in the New Testament*, de Paul S. Minear (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2004).

Jesucristo. Se presenta una comunidad que podríamos considerar ejemplar: comparte lo que tiene y se apoya mutuamente. No obstante, como ya se ha mencionado, muchas de estas personas sufrieron por haber respondido a ese mensaje. La comunidad que recibe el documento que hoy conocemos como 1 de Pedro se encuentra en esa situación.

La sociedad que les rodea no comprende sus creencias ni sus valores. El llamado de la fe cristiana a despojarse «de toda clase de maldad, todo engaño, hipocresía y envidia, y toda clase de chismes», y a vivir en el mundo pero no ser del mundo, les vuelve sospechosas ante los ojos de su entorno, e incluso son consideradas subversivas. En ese contexto, anunciar la redención y la compasión de Dios puede despertar temor, envidia o ira. Dar testimonio de las obras maravillosas de Dios puede resultar peligroso y provocar controversia.

Aun así, el llamado de 1 de Pedro es claro: anunciar. La palabra griega usada en este pasaje remite a una proclamación pública, no a un testimonio íntimo. Como pueblo de Dios, hemos recibido honra y dignidad. Ese reconocimiento no solo nos alienta, sino que nos compromete a declarar agradecidamente lo que Dios ha hecho por su pueblo.

Dios nos llama a anunciar a través de nuestras relaciones con otras personas y con las instituciones que nos gobiernan. A anunciar mediante una vida nueva y transformada por la misericordia y el amor de Dios. El mensaje de este documento al pueblo es claro: no teman. Confíen en ese Dios que les ha hecho su pueblo.



¿En alguna ocasión le han rechazado por tratar de compartir las buenas nuevas del Evangelio? ¿Alguna vez se le ha hecho difícil compartirlas? ¿Qué cosas podemos hacer para perder el miedo a declarar públicamente que creemos en Dios?

Hay que ser intencionales en conocer las obras maravillosas de Dios

Durante un evento escuché decir en varias ocasiones que la herencia confesional reformada nos enseña que, para conocerse a sí misma, la persona debe, en primer lugar, conocer mejor a Dios. Esta afirmación contrasta con muchos de los mensajes que circulan actualmente en nuestra sociedad. En películas, libros y discursos populares, se nos invita frecuentemente a iniciar un camino de autoconocimiento como punto de partida para comprender lo que nos rodea. En nuestra tradición confesional reformada, sin embargo, el punto de partida es otro: es necesario conocer al Creador para poder entender mejor a la creación.

Ahora bien, ¿cómo podemos conocer mejor a Dios? Dios ha escogido medios concretos para revelarse a su pueblo, de manera que podamos conocerle y comprenderle. Como mencionamos anteriormente, uno de esos medios es su creación. Entonces, ¿qué podemos hacer para conocer mejor la

creación y verla como parte de nuestra conexión con Dios? Una de las cosas que podemos hacer es disfrutarla, estudiarla y cuidarla.

Otro medio fundamental es Jesucristo mismo. Hay una promoción mediática reciente que insiste en que Jesús nos conoce y nos entiende.³ Sin embargo, ¿cómo podemos aspirar a parecernos a Jesús si no le conocemos? ¿Cómo tener una relación viva con Dios si no leemos ni estudiamos su Palabra? ¿Cómo discernir la orientación del Espíritu Santo si no reconocemos su presencia y su comunicación?

Estas son preguntas retóricas, pero no por ello menos importantes: invitan a una reflexión profunda. Necesitamos ser intencionales en el deseo de conocer al Dios trino, para así crecer en nuestra relación con nuestro Creador.



¿Cómo podría cultivar una relación más profunda con Dios trino a través del estudio bíblico, la contemplación de la creación y la imitación de Cristo?

Hay que ejercer la disciplina de dar testimonio

Cuando hablamos de disciplinas espirituales, solemos pensar en la oración, la meditación o el ayuno. Sin embargo, existe una disciplina espiritual frecuentemente olvidada: la de dar testimonio.

Es fundamental que retomemos esta práctica con seriedad, tanto en nuestra vida personal como en la vida comunitaria de la iglesia. Una de las formas más efectivas de aprender es a través de la experiencia. Si no creamos espacios dentro de la iglesia —que es también nuestra escuela espiritual— para que las personas compartan con otras lo que Dios ha hecho en sus vidas, ¿cómo aprenderán a dar testimonio fuera de la iglesia?

Asimismo, si la iglesia no cuenta con un programa de misión y acción comunitaria que integre a la niñez, a la juventud y a las personas adultas, ¿cómo asegurarnos de que puedan dar testimonio, mediante sus acciones cotidianas, de que han sido redimidas por Jesucristo?

Dar testimonio implica riesgo. El mensaje de Dios puede provocar distintas reacciones: aceptación, indiferencia o incluso rechazo. Sin embargo, es un riesgo necesario. En los momentos más inesperados, ese testimonio puede ser la luz que otras personas necesitan para encontrar sentido y esperanza en sus vidas.

Toda nuestra vida individual debe ser un testimonio vivo de quién es nuestro Creador, Salvador y Sustentador. Esto también se aplica a la vida de la iglesia. Todo lo que hacemos —adoración, educación cristiana, confraternización, evangelismo, servicio— debe estar atravesado por la vocación de dar testimonio.

Por esta razón, el lenguaje que usamos al adorar o enseñar no puede convertirse en un código cerrado que solo comprenden quienes ya tienen

3. «Jesus Gets Us» es una campaña mediática iniciada en 2022 en Estados Unidos, que busca presentar a Jesús como una figura cercana, compasiva y relevante para las realidades humanas actuales, especialmente entre personas no afiliadas a una comunidad de fe. Sin embargo, no es solo importante que Jesús nos entienda, sino que entendamos a Jesús y actuemos de maneras que den testimonio de su vida, muerte y resurrección.

años en la fe. Nuestro testimonio debe ser comprensible tanto para quienes ya caminan con Dios como para quienes visitan la iglesia por primera vez. Si no es así, estaremos cerrando la puerta a una parte esencial de nuestra audiencia.

Dios nos llama a anunciar lo que ha hecho, hace y hará, no solo para edificación de quienes ya creen, sino también como luz para quienes aún caminan en la oscuridad. Dar testimonio es una disciplina espiritual que transforma vidas —la nuestra y la de quienes nos escuchan.



¿Recuerda una ocasión en la que su testimonio, o el de otra persona, impactó su vida o la de alguien más? ¿Qué aprendió de esa experiencia?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

En el próximo encuentro estaremos reflexionando sobre los «antes» y «después» de nuestra vida. El ser humano sin Dios viven en oscuridad, en pecado y en muerte. La luz maravillosa que Dios nos ofrece nos restaura a una nueva vida.

Cántico para la reflexión

¿Conoce alguna canción que hable sobre dar testimonio de lo que Dios ha hecho en la vida de una persona? Hay himnos antiguos como «Grato es decir la historia», o cánticos como «A Dios sea la gloria» de Andraé Crouch, que tiene varias versiones en español y que habla sobre nuestro agradecimiento ante lo que Dios ha hecho. Busque y cante alguna de estas canciones o una de su preferencia.

Oración final

Y ahora, que el poder con el cual Dios levantó de entre los muertos a Jesucristo, sea con este pueblo de Dios.

Que seamos llenados de su poder para compartir la vida, para servir y dar testimonio de la resurrección de Cristo, para transformar la tristeza en gozo, el desespero en certeza, la prueba en victoria, la guerra en paz, el odio en amor, para unir los pueblos como los colores están unidos en el arco iris.

Llénanos de tu poder que hace humilde al rico y levanta al pobre, poder dado en el Evangelio, en la Palabra de Dios, en su Espíritu, a este pueblo, no para deleite pasajero, sino para sostener, guiar y anunciar la vida de Cristo. Amén.⁴

4. Autor: Carlos F. Cardoza
Fuente: Red Latinoamericana
de Liturgia CLAI

HOJA PARA EL GRUPO 4

Entremos a su luz maravillosa

LECTURA BÍBLICA

1 Pedro 2, 9 (DHH)

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa.

— 1 Pedro 2, 9

RECUERDE QUE...

Dios fue quien nos llamó de la oscuridad a su luz maravillosa. No por mérito propio, sino por su gracia. Hoy reflexionamos sobre ese llamado que transforma y nos envía a anunciar sus obras.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Introducción

Durante un taller que estaba ofreciendo, hice una pregunta retórica: ¿Puede una persona volver a vivir después de morir? Una de las personas presentes, pensando que me refería a algún tipo de muerte espiritual, respondió con entusiasmo que sí. Y es que, en muchas ocasiones, tendemos a pensar que la muerte espiritual —o la provocada por el pecado— es más bien una enfermedad, algo que el ser humano puede tratar por su cuenta: tomando decisiones, pidiendo ayuda o «medicándose» con buenas acciones.

Recuerdo que uno de los libros que leímos como lectura extracurricular en el seminario fue *Doctrinas claves*, de E. H. Palmer. En él, el autor responde a esta misma pregunta con contundencia: «No, está muerto. Ni siquiera puede abrir la boca. Ni siquiera tiene deseo alguno de llamar al doctor para que lo ayude. Está muerto».¹

Una persona muerta queda en oscuridad total. No puede salir de ese estado por sus propios medios; necesita que algo —o más bien, alguien— externo la saque de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz.

De manera semejante, el pasaje que estudiaremos en este encuentro nos recuerda que solo Dios tiene el poder y la iniciativa para sacarnos de la oscuridad y llevarnos a su luz admirable. Este texto, que habla de conversión, transición y transformación, también proclama que es Dios quien nos mueve de la muerte a la vida, y de la alienación a ser parte de su pueblo.²

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Dios nos llama

En su comentario a 1 de Pedro, John H. Elliott afirma que los términos «elección» y «llamado» están íntimamente relacionados en esta epístola. Es como cuando se selecciona a un equipo para jugar baloncesto o fútbol en la escuela: cuando escuchas tu nombre, cuando eres llamado o llamada, es porque has sido escogido o escogida. De manera similar, Dios nos llama porque nos ha elegido para ser parte de su pueblo.

Como explica Elliott, este llamado no es simplemente una invitación opcional a la que se pueda responder con un sí o un no. Más bien, implica una determinación divina que señala un rumbo de vida específico. Es, al mismo tiempo, la base de nuestra esperanza y la motivación de nuestra conducta cristiana.³

1. Edwin H. Palmer, *Doctrinas claves* (Glasgow: Robert MacLehose & Company Ltd., s.f.), 27.

2. John H. Elliott, *The Anchor Bible: 1 Peter — A New Translation with Introduction and Commentary* (New Haven y Londres: Yale University Press, 2000)

3. Cita adaptada de Elliott, 1 *Peter*, 440

La palabra «llamado» comunica urgencia e intencionalidad. Nos recuerda el grito de una madre cuando estamos en peligro, o una llamada que nos saca de la distracción para hacernos prestar atención. Así también, Dios nos llama. Ese llamado nos despierta, nos vivifica, ilumina nuestra existencia. Nos escoge por pura misericordia —no por mérito propio— y nos ofrece una nueva oportunidad para vivir en su luz maravillosa.



¿Qué siente al pensar que Dios le llama porque verdaderamente le quiere como parte de su pueblo?
¿Qué formas usa Dios para llamar nuestra atención? ¿Qué piensa sobre la misericordia de Dios?

Antes y después

En este pasaje aparecen dos palabras antónimas: *luz* y *oscuridad*. Se nos presenta, en cierto sentido, una imagen del antes y el después en la vida de la persona creyente.

¿En qué piensa usted cuando escucha la palabra luz? En tiempos antiguos, esta palabra era sinónimo de vida, salud, trabajo y actividad. Al llegar la noche, las personas debían regresar a sus casas y alumbrarse con velas, lo que dificultaba continuar trabajando de manera eficaz. Por eso, la luz se convirtió en símbolo de lo bueno, de la libertad y, finalmente, en uno de los grandes símbolos de Dios.

La oscuridad, en cambio, representaba todo lo opuesto: si la luz era vida, la oscuridad era muerte; si la luz era salud, la oscuridad era enfermedad. Para muchos pueblos antiguos, era el momento en que se manifestaban las fuerzas del mal, un tiempo de inseguridad e inactividad. Si la luz simbolizaba la presencia de Dios, la oscuridad representaba su ausencia.

En los versículos anteriores de esta carta también se observa un contraste entre creyentes y no creyentes. En los versículos 7 y 8, se dice que para quienes no creen, Cristo es una piedra que ha sido despreciada, pero que ahora se convierte en la piedra principal. Se afirma que tropiezan con ella porque no obedecen al mensaje; siguen viviendo en la oscuridad.

El mensaje de 1 Pedro afirma la identidad de la comunidad como hijas e hijos de la luz. Retoma ecos de pasajes como Isaías 9, 2: «El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz. A los que habitaban en la tierra de sombra de muerte, la luz les resplandeció», para recordarle a la comunidad que el mismo Dios que sacó a su pueblo de la esclavitud en Egipto y que los liberó repetidamente de la oscuridad, es el que ahora les concede una nueva vida y les forma como una comunidad distinta.

1 Pedro también deja entrever una desvinculación del naciente cristianismo respecto de la religión del pueblo judío, afirmando una nueva identidad espiritual centrada en la luz.⁴

La luz, entonces, se convierte en símbolo de conversión, transición y transformación:

4. Giacomo Cassese, *Conozca su Biblia: Epístolas universales* (Minneapolis: Augsburg Fortress, 2007).

- **Conversión**, porque Dios nos ha hecho nuevas personas: de estar muertos y muertas, ahora estamos vivos y vivas.
- **Transición**, porque solo Dios puede provocar un cambio radical en la dirección y propósito de nuestras vidas: de vivir sin visión, ahora vivimos con una perspectiva más amplia de Dios y del prójimo.
- **Transformación**, porque Dios cambia nuestras costumbres: como dice el cántico, «las cosas que yo hacía, ya no las hago más; hubo un cambio cuando a Cristo conocí».

Como afirma David L. Bartlett: «La santidad, la fidelidad obediente —aun cuando implique sufrimiento—, y la gloria eterna, son todos aspectos de esta luz en la que viven los y las creyentes, y en la que vivirán para siempre».⁵



¿Con qué cosas asocia la oscuridad? ¿Con qué asocia la luz? ¿Qué cosas ha hecho Dios en su vida para sacarle de la oscuridad a la luz? ¿Qué significa la luz maravillosa de Dios para usted?

El llamado irresistible

En muchas ocasiones he escuchado la frase «el llamado irresistible». Curiosamente, no siempre la he escuchado en el contexto de la conversión, sino más bien en relación con la vocación cristiana. Cuando una persona tiene dones que otras asocian con el ministerio pastoral, suele ser objeto de comentarios como: «¿Has pensado en estudiar para ser ministro?» o «Tú podrías ser pastora. Deberías considerar ir al seminario». Si esa persona pasa años escuchando tales afirmaciones y parece no hacer nada al respecto, siempre aparece alguien que le recuerda: «Acuérdate de que el llamado de Dios es irresistible».

Lo que muchas veces queda fuera de estas conversaciones —y de nuestra comprensión general del llamado— es la conexión profunda entre llamado, elección y gracia. En la doctrina confesional reformada, el énfasis no está tanto en el «llamado irresistible» como en la gracia irresistible. *Gracia* es la palabra que usamos en la fe cristiana para describir el favor inmerecido que Dios concede a la humanidad. Romanos 3, 24 afirma: «pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó» (NVI). Esta gracia corrige y sana la corrupción de la naturaleza pecaminosa del ser humano.

Volviendo al ejemplo anterior sobre la elección de equipos en la escuela, podemos decir que es una imagen pobre. Quienes hemos vivido esa experiencia sabemos que quienes eligen lo hacen bajo condiciones: la fuerza, la velocidad, la popularidad o la amistad suelen influir. Sin embargo, es maravilloso saber que Dios no elige de ese modo. Como afirma 2 Timoteo 1:9: «Fue él quien nos salvó y nos llamó con santo llamamiento, no conforme a nuestras obras sino conforme a su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo».⁶

5. David L. Bartlett, comentario a 1 Pedro 2:1–10, en *The New Interpreter's Bible: A Commentary in Twelve Volumes*, vol. XII (Nashville, TN: Abingdon Press, 1998). Traducción propia.

6. Christopher Elwood, *Calvin for Armchair Theologians* (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2002); Donald K. McKim, ed., *Calvin's Institutes: Abridged Edition* (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 2001).

Esa gracia irresistible —expresión de la bondad y misericordia de Dios desde la eternidad— es la que hace que su llamado sea eficaz.

1 de Pedro nos ofrece un nuevo sentido de vocación cristiana. No es casualidad que Martín Lutero haya utilizado 1 Pedro 2, 9 como base para su afirmación del sacerdocio de todo el pueblo creyente. Dios nos llama y nos elige para salir de la oscuridad y vivir en su luz maravillosa. Cada persona creyente ha recibido un llamado a compartir esa luz con quienes aún viven en tinieblas. Este llamado y elección no son una mera invitación: son una determinación divina que define nuestra vida y nuestra vocación. Su llamado es siempre eficaz, porque su gracia es irresistible.



¿Qué obstáculos ha enfrentado al discernir o aceptar el llamado de Dios en su vida? ¿Cómo podría confiar más en la eficacia de su gracia?

Los efectos de la luz maravillosa

Varios estudios han demostrado que la luz del sol en nuestros cuartos u oficinas actúa como un tipo de estimulación sensorial que influye tanto en nuestro estado de ánimo como en nuestro rendimiento laboral. La luz puede aumentar —o disminuir— la actividad mental productiva. Por ejemplo, los cambios de estación, pueden afectar nuestras rutinas, nuestro estado de ánimo y nuestro bienestar emocional. También puede causar falta de motivación al tener que realizar proyectos de trabajo.⁷

Resulta interesante que en la antigüedad —aunque sin los recursos científicos actuales para analizar el cuerpo humano— ya se asociara la oscuridad con la inacción o la ineficacia. Si como personas creyentes hemos sido trasladadas de la oscuridad a la luz maravillosa, lo cual implica salvación, cabe preguntarse: ¿Cuál es el efecto de esa luz en nuestras vidas? ¿Cuál es el fruto de la salvación en nuestro diario vivir?

La salvación nos despierta del letargo. Como pueblo de Dios, nos capacita para ver el mundo con una nueva perspectiva. Nos permite discernir con mayor claridad lo que es —y lo que no es— la voluntad divina. Esta visión renovada nos llama a la acción comprometida:

- Donde hay injusticia, el pueblo de Dios se levanta para denunciarla y anunciar su justicia.
- Donde hay desamor, el pueblo de Dios se levanta para manifestar el amor ágape.
- Donde hay prejuicio, el pueblo de Dios se levanta para proclamar la gracia incondicional de Dios hacia toda su creación.

La luz maravillosa de Dios nos llama a vivir con los ojos abiertos y en disposición de actuar. Nos llama a «orar sin cesar», a «testificar a Cristo como Señor y Salvador ante todos los pueblos», a «desenmascarar idolatrías en la Iglesia y en la cultura», a «oír el clamor de los pueblos por largo tiempo silenciados», y a «laborar con otros por la justicia, la libertad y la paz».⁸

7. Si quiere leer más sobre esto, puede buscar artículos como «El descenso de las horas de luz y la depresión» de Francisco José González Galán.

8. *Libro de confesiones de la Iglesia Presbiteriana (EUA)*, «Breve declaración de fe» (Louisville, KY: Oficina de la Asamblea General, 2001), 292.



¿Qué prácticas espirituales podrían ayudarle a mantenerse «despierto o despierta» y sensible a la voluntad de Dios en medio de sus rutinas diarias?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Conclusión

Ya en este encuentro final, debe saberse el versículo de 1 de Pedro de memoria:

«Ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa».

Escriba este versículo según la versión bíblica de su preferencia y colóquelo en un lugar visible. Cada vez que lo lea, reflexione sobre todo lo aprendido a lo largo de este estudio y tómese un momento para discernir cómo le habla este versículo en esta etapa de su vida.

Recuerde que Dios le ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa, no por méritos propios, sino por la gracia irresistible que nos despierta, nos transforma y nos envía.

Cántico para la reflexión

Escuche o cante el cántico: «Yo quiero siempre brillar.»

Yo quiero siempre brillar,
siempre por Cristo brillar;
en un mundo sin luz
quiero ser de Jesús.

Yo quiero siempre brillar
siempre por Cristo brillar;
y llenar este mundo de luz.

Oración final

*Este es el mensaje que oímos y anunciamos:
Dios es luz y no hay ninguna tiniebla en Él.
Dios con nosotros/as, eres nuestra luz y salvación,
porque tu amor es para siempre.
Tú que habitas en el misterio de la luz inefable
y en quien no hay oscuridad alguna;
Tú que con belleza has creado la luz
y la has hecho brillar del «seno de la oscuridad»;
Tú que por tu bondad y cariño inagotable
has prometido desde siempre y por siempre
guiar hacia adelante nuestros pasos,
convertir la oscuridad en luz,
y por tu gracia nos has llamado de la oscuridad a la luz maravillosa;*



Estudios bíblicos reformados

*Tú que has hecho visible la «luz de tu rostro»
y has enviado a tu Hijo al mundo, nacido de mujer,
lleno de vida y luz, lleno de amor y fidelidad
para traernos la luz de la vida;
luz que ilumina a toda persona,
luz que brilla en la oscuridad,
luz que la oscuridad no puede vencer...
Inúndanos siempre con el don de tu luz y salvación,
para que, a través de tu luz verdadera,
podamos por la fuerza de tu Espíritu
ver en Tu luz, la luz,
caminar en Tu luz,
dar testimonio de Tu luz
y hacer las obras de la luz,
hasta la venida de tu Reino, Reino de Luz. Amén. Así sea por siempre.⁹*

9. «Oración al Dios de la luz».
Autor: Víctor Araya Guillén.
Fuente: Red Latinoamericana
de Liturgia CLAI.